

Die Zauberflöte

en Bellas Artes

por José Noé Mercado

Una nueva producción operística de *La flauta mágica* de Wolfgang Amadeus Mozart con libreto de Emanuel Schikaneder siempre es motivo de reflexión y análisis entre los operófilos, para valorar qué tanto se desentrañan los simbolismos y significados que encierra una obra de particular riqueza de subtexto como ésta.

Y es que *La flauta mágica* es de ese tipo de creaciones —como *The Texas Chain Saw Massacre* de Tobe Hooper es un ejemplo extremo de ello en el cine— en las que el público, especialistas e historiadores, encuentran más de lo que aparentemente se muestra de manera explícita.

Con esas expectativas se estrenó una producción de la Ópera de Bellas Artes, los pasados 11, 13, 16 y 18 de febrero, que se anunció con una puesta en escena de **José Antonio Morales**, *Josefo*, trasladada al ámbito cultural preshispanico.

Y lo cierto es que la misma naturaleza del argumento y exégesis de *La flauta mágica* permitió que la traslación de Morales, que también se encargó de la escenografía y la iluminación en conjunto con **Rosa Blanes Rex**, funcionara para ubicar el curso de las acciones.

Si bien una ambientación entre pirámides, volcanes y serpientes emplumadas no contribuyó a resignificar la entraña implícita de la ópera, sí expuso su carácter cósmico y de iniciación que algunas sectas, culturas o individuos pueden seguir en su camino a la luz y a la perfección, a través de un mundo de dualidades. Y lo permitió, además, con cierta claridad, pese a la mezcolanza de símbolos, periodos y guiños utilizados en los cuadros que combinaron escenografía física y virtual iluminados con destreza.

La adaptación anacrónica de los diálogos cultos o coloquiales (“neta”, “te lo juro por ésta”, “mezcal”, entre otras frases y palabras), y el vestuario de los personajes (a cargo de Rosa Blanes, quien se encargó de multiplicar huipiles como clones de su propia *mátrix*) en el contexto supuestamente ancestral, mítico o intemporal de la puesta (nunca queda del todo claro y tampoco se requiere), constituyeron una suerte de *slipstream* cosmogónico, tan característico de las culturas mestizas, del que toman su propia identidad.



José Adán Pérez (Papageno), con María Ávalos, Zaira Soria y Carla Madrid (las Tres damas)

Fotos: Ana Lourdes Herrera/Ópera de Bellas Artes

En la parte vocal, en la función de estreno del día 11, sorprendió gratamente la participación del tenor tapatío **Ernesto Ramírez** en el rol de Tamino. Su bello y cálido timbre, el cuerpo y la redondez de su emisión, se mostraron como cualidades combinadas con una interpretación musical, sutil, de técnica resuelta y refinado gusto canoro.

La Pamina de **Lourdes Ambriz** contó con la solvencia musical de una intérprete con más de 30 años de trayectoria lírica. Esa capacidad interpretativa logró dibujar un canto lindo, de buena entraña, en particular en las zonas silábicas, no tanto en las notas sostenidas, donde asoma un *vibrato* que empieza a ensancharse y a dejar atrás la lozanía primaveral.

El sazón que rompió justamente muchos ratos desabridos de la



Íride Martínez, la Reina de la noche

ejecución sonora y de las actuaciones en general, lo pusieron el barítono **José Adán Pérez**: vocalmente espléndido y generoso, con matices y suficiencia, y uso de un humor mexicanizado a la usanza de apreciados cómicos nacionales como *Clavillazo* o el *Profesor Virolo*; y el tenor **José Guadalupe Reyes**, Monóstatos, a quien igual se le da la comedia y, sobre todo, retiene el timbrado bello de su voz de tenor lírico, lo que se disfrutó en todas sus intervenciones, aun a pesar de ligeros pero constantes descuadres respecto de la música.

La soprano tica **Íride Martínez** interpretó el papel de la Reina de la Noche a título de suficiencia, ya que si bien cumplió sus notas y coloraturas extremas, lo hizo con una voz minúscula y ciertas máculas en la transición entre lo *staccato* y lo trinado. El bajo **Carsten Wittmoser**, en el rol de Sarastro, hizo una interpretación solvente, pero con tiempos en su canto más que hieráticos, lentos; y en la parte de los diálogos su dicción del español no fue del todo clara y se asemejó a la de Will Ferrell en *La casa de mi padre*.

El bajo **Charles Oppenheim** no tuvo problemas en las breves partes del Orador, que interpretó con propiedad; mismo caso de la soprano **Anabel de la Mora** como Papagena, en su dúo con Papageno. Igualmente con balance positivo pueden mencionarse las Tres damas de **Zaira Soria**, **Carla Madrid** y **María Ávalos**; y los Hombres armados de **Antonio Albores** y **Alejandro Armenta**, también Primero y Segundo sacerdotes, respectivamente. No podría decirse lo mismo de los Tres genios interpretados por las niñas **Paulina Rodríguez**, **Michelle Tapia** y **Elia Carbajal**, integrantes de la Schola Cantorum de México, constantemente desafinadas y desfasadas entre ellas.

El trabajo del concertador **Iván López Reynoso**, al frente de los solistas, el Coro y la Orquesta del Teatro de Bellas Artes, funcionó

en su entramado sonoro y estilístico. Pero fue decayendo, con el transcurso de la función, en términos de sabor lírico y atractivo energético, hasta concluir la lectura como el agua mansa de un lago sin viento. Pero es así como un joven con talento irá afianzando su carrera. “Neta, lo juro por ésta”, como diría el simpático Papageno de esta producción regionalizada. ●



Alejandro Armenta y Antonio Albores (segundo y primer sacerdotes), escoltan a Ernesto Ramírez (Tamino), Carsten Wittmoser (Sarastro) y Lourdes Ambriz (Pamina)

Más reseñas
en *Otras voces*,
www.proopera.org.mx